

FRAY MOCHO

Año I

BUENOS AIRES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1912

N.º 19

LO QUE OPINAN LOS CABALLOS



— ¡Qué gran hombre! Ha conseguido que siga habiendo carreras los días de trabajo, y le han nombrado jockey honorario.

— ¡Lástima que no sea posible nombrarle caballo honorario!



El flojo

Cantalicio era bajo, gordo, casi redondo. La cabeza, sembrada de cabellos rojos, que se hacía cortar al rape, parecía un queso de Holanda. La cara era redonda también, lo mismo que los grandes ojos mansos, ojos de buey, sin nada de rojo en las córneas ni nada de sol en las pupilas.

Era todo, todo redondo. Parecía hecho de grasa y resultaba inofensivo e irresistible como la grasa.

No lo peleaba nadie. ¿Para qué?... Insultarlo, buscarle pleito, era lo mismo que soplar una tripa agujereada.

Una vez un peón le dió una bofetada, a raíz de una disputa insignificante. Protestaron los otros, saliendo en defensa del infeliz, pero Torcuato dijo:

—¡Y dejen no más!... ¿no ven que en la cara de Cantalicio caben a lo menos diez cachetadas?...

Y como riese el gauchaje, el incidente se dibujó en jarana.

Cantalicio quedó agradecido a Torcuato. Hay seres así, fáciles para el agradecimiento: estiman sinceramente al hombre que les tiene lástima y que pudiendo pegarles, por ser más fuertes, no les pegan. Es el instinto. A él se debe la supervivencia de las especies inferiores... y el triunfo de casi todos los políticos.

Cantalicio era feliz, como son felices casi todos los hombres gordos. Su alma era adiposa como su cuerpo, y por lo tanto, poco sensible.

Hubiera continuado siendo feliz, si una circunstancia que se le atravesó en la vida, como se atraviesa un venado, dormido a la orilla del camino que sigue plácidamente el viajero. Por poco espíritu cazador que se tenga, la tentación es irresistible. Se echa mano al revólver, se hace fuego. Se erra, casi irremisiblemente. Huye el venado. Corre el hombre; salva obstáculos aquél; desafía obstáculos éste. ¡Corre, corre! cansa el caballo y cuando no se quiebra el pescuezo de

una rodada, se encuentra con que la noche le ha caído encima, con que ha extraviado camino y con que llegará tarde, o no llegará al punto objeto de su viaje...

Y el venado que se le atravesó a Cantalicio fué Polidora.

Cantalicio nunca fué galante. Las mujeres no le tentaban mucho. En las fiestas camperas, le interesaban más el lechón asado, el guiso de gallina con arroz y los pasteles, que la sala de baile, los ojos de las chinas, el llorar de las guitarras, el chillar de los acordeones.

Una, que no estaba dispuesto al amor; otra, que su natural timidez, su cobardía innata, le impedía aventurarse en requiebros.

Y mientras tanto el iba bien. Iba viajando tranquilamente en el plano, uniforme, monótono camino de una vida sin ideales, y esperaba llegar así al término, a la vejez, para desensillar, fresco el caballo, descansado el cuerpo, en la en amada de la muerte.

Pero en el camino se topó con Polidora. Era ésta una chica tonta, desgarrada, desabrida como carne de paleta. Nadie le hacía caso. Era como las venas del cogote, que hasta los perros desdennan. Tenía una cara de apería: chiquita y redonda la cabeza, largo el rostro, formando hocico, con una boca pequeñita; diminutos los ojos, fina y alargada la nariz... El busto era exiguo: estrecha y encorvada la espalda, ruin el seno. Después, tras una ancha cintura, se expandían grotescamente las caderas y los recios muslos. Daba la impresión de un ser hecho con dos pedazos distintos, puesto uno encima del otro en un momento de apuro...

Viéndola así, tan infeliz, tan despreciada, Cantalicio comenzó a imaginar que si no era aquella la mujer que le correspondía en el mundo, no sería ninguna otra. Pensó mucho tiempo.

—“¿Si me le acercase?...”

Y tenía ganas de acercársele, pero cavilaba en seguida:

—¿Y si me patea?... Asina, mansa como parece, es arisca y puede patearme...

Sin embargo, se fué acercando poquito a poco. Una tarde, un domingo, fué a la pulpería, donde había arreras, el que nunca bebía, tomó tres vasos de caña. No por nada, sino así, no más, por que le vino aquello. Y en seguida le nació un propósito extraño, un propósito valiente... Abandonó la glorieta, montó a caballo y partió, a galope tendido, rumbo a la estancia.

Tenía una idea, lo que era raro en su cerebro grasoso, y una voluntad, lo que era más raro todavía.

Al llegar a la estancia disminuyeron sensiblemente sus energías. Demoró lo más que pudo en desensillar el caballo. Cargó con el recado y fué a llevarlo al fondo del galpón, ya todo lleno de sombras. Allí, sentada sobre unos cueros, encontró a Polidora.

—¿Usted aquí, solita?—balbuceó el gaucho.

Y ella, con su voz humilde:

—Yo siempre estoy solita... ¿Cómo quiere qu'esté?...

Cantalicio dejó caer el recado, se acercó temerosamente; quizo hablar; no pudo y entonces, en un arranque de audacia, tendió los brazos y la estrechó, oprimiendo la espalda de ella contra el pecho suyo.

Polidora no dijo nada; bajó la cabeza y se llevó las manos a la cara, simulando llanto.

Aquella acción inesperada desinfló la momentánea energía de Cantalicio. Abrió los brazos, retrocedió y gimió, implorando perdón:

—¿Por qué llorás?... Yo no te quise hacer mal!...

Elle bajó las manos, y sin volver el rostro ni pronunciar una palabra, se alejó lentamente, muy lentamente, sin que el mozo se atreviese a hablarla, a retenerla con una disculpa o con un ruego...

En los días sucesivos él rehuía su presencia, avergonzado de su acción libertina; y fué necesario que Polidora emplease todos los recursos de su diplomacia campesina, para atraerlo de nuevo...

Se casaron.

Cerca de un arroyo, en un rancho miserable y descuidado, cuidando una majada y sembrando una huerta de maíz, vivían tranquilamente, ani-

malmente. Hasta que una tarde, en la tarde de un domingo, llegó al rancho Torcuato. Había estado en la pulpería, había perdido a la taba y al truco, había empuinado con exceso el codo, y la rabia y el alcohol le dieron por encaminarse al rancho de Cantalicio.

Lo recibió Polidora.

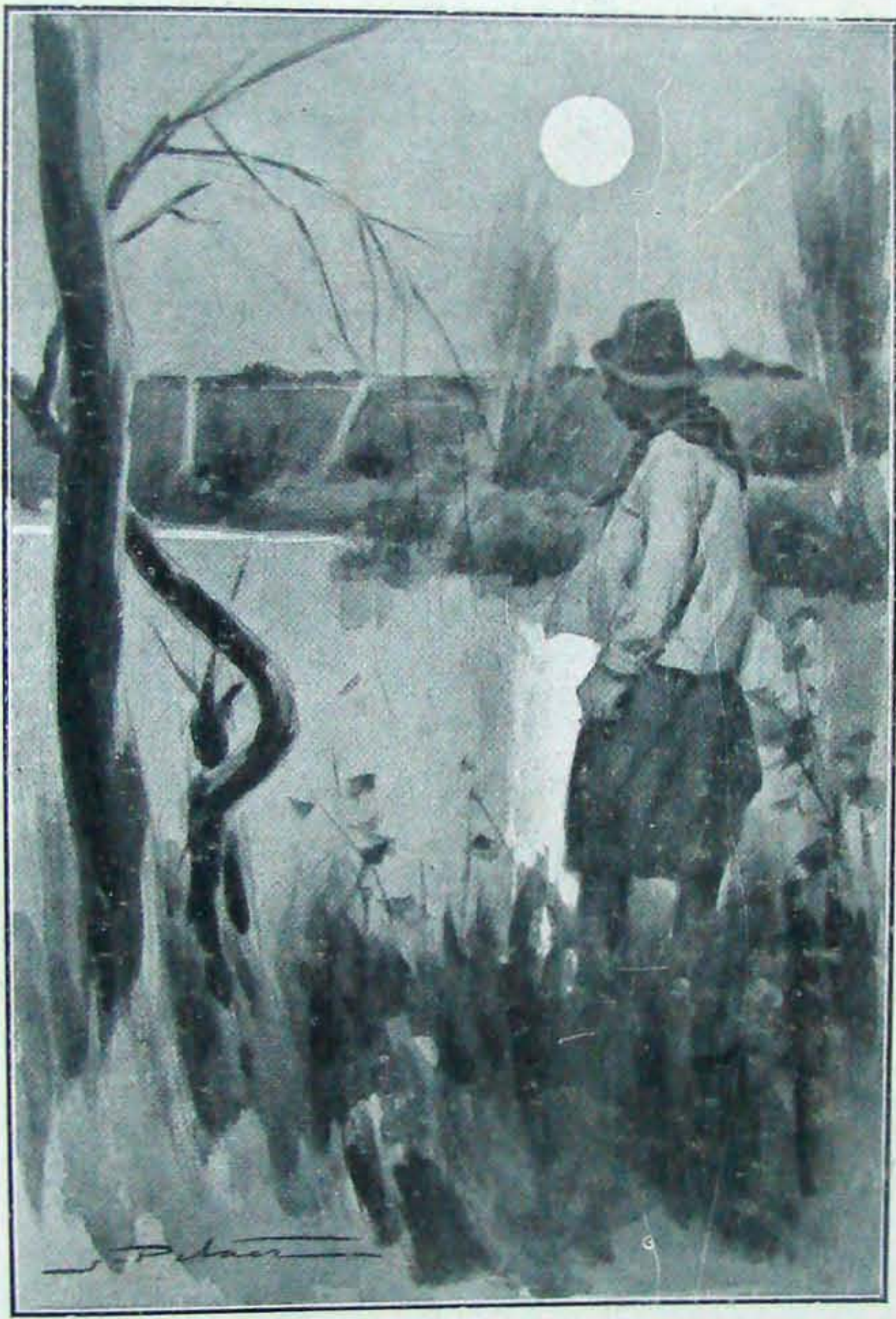
—¿Cantalicio?

—Stá ahí abajo, en la laguna, pescando...

—¿No tiene carne?

—¡Avise!... Ni el ni yo comemos pescaos...

Pero él, cada vez que puede, se v'al arroyo y se queda las horas junto al agua, como carpiñcho... Cuasi nunca saca nada, porque hasta pa eso es disgraciao, y cuando pesca, lo vuelve a tirar al agua.



Ya obscurecía cuando regresó Cantalicio. Fué testigo de su vergüenza y su desgracia en una forma cruel.

La sangre le subió a la cabeza, sintió un vértigo. Llevó la mano a la daga.

Torcuato se le paró delante, insolente, despreciativo, cruzado de brazos. El otro bajó la mano y bajó la cabeza.

—Adios, Polidora... hasta la vista,—dijo el gaucho, y tranquilo, indiferentemente, atravesó el patio, montó a caballo y partió.

Cantalicio permaneció un instante de pie, inmóvil, anonadado. Luego, cuando el otro hubo desaparecido, echó a andar hacia el arroyo. Llegó a la orilla de la laguna que brillaba hecha plata con la luz lunar.

—¡Es más mejor que ángue!—exclamó.

Y durante más de media hora estuvo contemplando el

agua sin decidirse a la resolución suprema. Al fin triunfó la grasa y emprendió camino de regreso a los ranchos.

Al verlo llegar, Polidora tuvo un momento de sobresalto. Pero al verlo tan humilde, tan abatido, tan miserable, cobró ánimo y dijo con insolencia:

—¿Por qué no te quedastes toda la noche mirando saltar las dientudas?... ¡Lindo va' estar el asao a esta hora!...

El, infeliz, rogó:

—No t'enojes!... Vamo a comer!...

Y ella siguió insultándolo y gritándole sin descanso.

Javier de VIANA.

Dib. de Peláez.